

Recordar, compartir, aprender

Bilbao

Encarna Jiménez, 89 años

Chirlene Gomes da Silva, 30 años

UN LUGAR DONDE VIVIR

Ya llevaba bastante tiempo de pie, mirando fijamente la puerta cerrada del lugar. No era la primera vez que acudía a este sitio, sin embargo, por algún motivo siempre lo encontraba cerrado. No obstante, en esta ocasión no estaba dispuesta a irse con las manos vacías. Llamó a la puerta con gran ímpetu, al cabo de un rato le abrió un fraile un poco aturdido a cuenta del bullicio que se había montado fuera. Encarna, por su parte estaba consternada, al ver al cura furioso; se excusó diciendo que no podía marcharse de allí antes de ver a la Virgen del Rosario.

El sacerdote, le explicó que la iglesia había pasado por obras de reestructuración y además que esta hora, no era la de visita. Él por su parte, estaba decidido a impedir su entrada, pero conmovido por su devoción la dejó pasar sin más trabas. La impresión que la entrega de Encarna a la Virgen causó en el párroco fue tal, que éste abrió la puerta de par en par y a continuación encendió todas las luces del recinto.

Encarna, al ver la Virgen con el Niño Jesús en el altar, confesó emocionada al sacerdote que llevaba más de diez años de su vida sin volver a Cádiz, su ciudad natal. No pudo vivir allí, sino que se vio obligada a inmigrar a Vizcaya por lo de la muerte de su padre.

Llegó a Bilbao en 1954, en plena dictadura de Franco. Ante la falta de trabajo que se vivía en el sur, su madre decidió ganarse la vida acompañaba de sus dos hijas, en esta villa que ya por entonces se mostraba más prospera, que las sureñas.

Lo que siempre pedía a la Virgen era que le permitiera volver a Cádiz, y eso se cumplió. No obstante, en estos últimos años no ha sido así, Encarna ya lleva mucho tiempo sin acercarse a la ciudad gaditana.

Mientras Encarna observa la imagen de la Virgen y lo bonito que quedó el templo después de la reforma, recuerda los años de la Guerra Civil cuando Cádiz fue borboreada y la iglesia del Rosario quemada: “sólo respetaron El Cristo del Nazareno que no le tocaron” asegura. También recuerda cuando alzaron la bandera republicana, comenta que una vecina la encontraba fea por lo de la raya morada. El día que restablecieron la monarquía e izaron su bandera, tal vecina la besó excitada. Encarna dice que no logró entender dicho gesto.

Ha sido en la Misericordia, una residencia para personas de la tercera edad, donde vi a Encarna por primera vez. Era una tarde despejada de abril, estaba rodeada de unas amigas charlando distraídamente. Me advirtieron que era un poco seria, y cuando nos presentaron me miró formal y fijamente. Sin embargo, poco a poco, a medida que hablábamos, se fue abriendo. Su mirada iba llenándose de alegría y vivacidad sobre todo cuando me hablaba de Cádiz.

“Yo no soy de aquí, notarás por mi acento que soy andaluza”. No obstante, yo no lo notaba, quizás porque con los años poco a poco, y sin ella darse cuenta su acento que era distinto, se ha ido confundiendo con el de la gente que le rodea, con los que lleva viviendo tantos años.

Ya en la capital vizcaína, Encarna dedicó 40 años de su vida al cuidado de los hijos de una familia bilbaína. E incluso se convirtió en un miembro más de esta familia que la ayudaron a tener un trabajo y un hogar. Aunque nunca se casara, se ocupó de estos niños y de su madre enferma. Todo lo que había aprendido; de mimar y de cuidar, se lo dedicó a ella, a su madre, a quien tanto quería e incluso admiraba.

En su vida pasó por muchos momentos de tristezas y sombras, los más dolorosos fueron las muertes de sus padres. El fallecimiento de su madre, confiesa que lo pasó peor, probablemente porque ya se imaginaba sola. No obstante, no ha sido así. En estos días, enfermó y estuvo ingresada en el hospital, y nunca se había



Recordar, compartir, aprender

imaginado la de gente que vino a visitarla. “No sabía que tenía tantos amigos”, afirma con una gran sonrisa.

A su madre no pudo llevarla a la iglesia a visitar a la Virgen y al Niño, a los que enseñó a querer a todos los niños que ella cuidó a lo largo de su vida.

Cuidar y ocuparse de otros, esa ha sido la labor de Encarna, lo ha hecho siempre feliz. Y donde el destino la llevó ha podido decir que ha tenido una vida feliz, logró lo que se propuso, que quizás en su tierra natal no lo hubiera conseguido; un lugar donde vivir, un lugar suyo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Lo que merece la pena de la vida, es una cuestión que a menudo es difícil de contestar tanto para los jóvenes, que en muchos de los casos, aun no lo han identificado, como para los mayores que por cualquier motivo o por los años vividos ya no piensan lo que realmente vale la pena vivir.

Cuando plateé esta cuestión a Encarna, ella se quedó en silencio después de haber estado hablando sin parar más de diez minutos. Después de una larga reflexión, me contestó: “tengo un piso ¿sabes? Mi piso, yo misma lo he amueblando poco a poco con mis ahorros. Hace muchos años, mi señora, la madre de mis niños me cogió de la mano y me invitó a dar un paseo. Yo no entendía nada. Pero cuando nos plantamos delante de un portal de San Ignacio, sacó unas llaves y me las dio. Entonces comprendí todo. Esta casa me la he ido pagando poco a poco, y ahora voy allí siempre que puedo”.

Yo por mi parte, entendí que esta casa, era en realidad su espacio, el único suyo en toda su vida. Era un poco volver a Cádiz, su Cádiz, su casa.